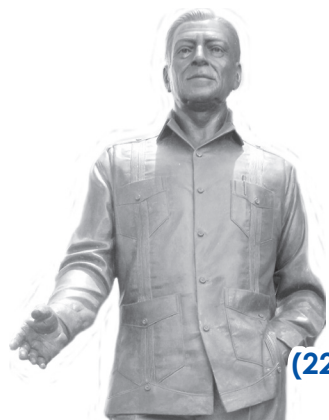




**Fino como
el ámbar**

(22 de diciembre de 1963)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2571

DOMINGO 8 DE DICIEMBRE DE 2019



ESCRIBEN: José Refugio Rodríguez Villaseñor, Mención Honorífica en el Premio Estatal de Viñetas
Manuel Sánchez Silva 2019; César Anguiano, Adam Fathi, Jaime Velasco y Carlos *Caco* Ceballos.

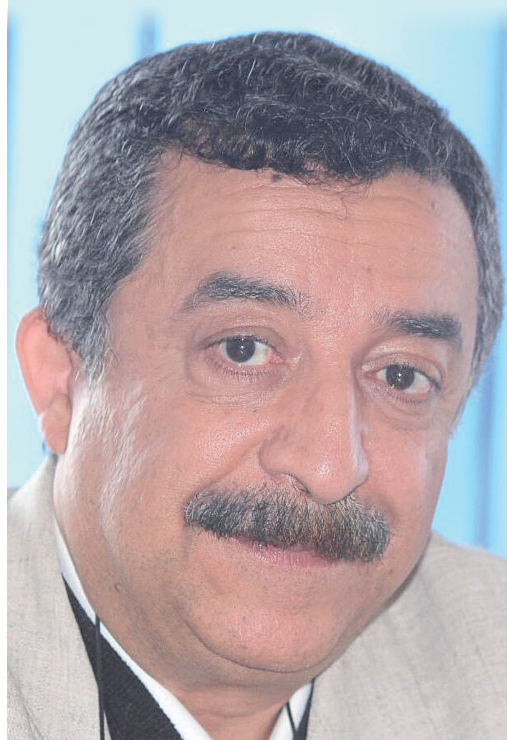
Los poetas de Babel

Presentación de César Anguiano

Esta semana en Los poetas de Babel presentamos a Adam Fathi, poeta nacido en Túnez, en octubre de 1957. Su nombre real es Fathi Gasmi. Es profesor bilingüe graduado de la Escuela Normal de Túnez. Fue retirado de la enseñanza durante los últimos años de Bourguiba y luego obligado a renunciar en los primeros años de Ben Ali.

Su trabajo muestra un acuerdo total entre un humanismo militante y una aventura poética libre y exigente. Sus textos son utilizados para hacer canciones interpretadas por los cantantes tunecinos y árabes más comprometidos. Ha sido traducido al francés, inglés y español. A menudo es invitado a leer sus textos en la mayoría de los países árabes, así como en Francia, Japón, India, Costa Rica, etc.

Adam Fathi ha publicado una docena de libros, sin mencionar los que han sido censurados. También es el traductor al árabe de varios autores, entre ellos Baudelaire, Cioran, Naïm Kattan y Gilbert Sinoué.



Adam Fathi.

La flauta de Mozart (poema en cuatro notas)

I

En la próxima guerra (oigo tocar sus tambores detrás de la [colina])
voy a poner una flauta en la mano de cada soldado.
Le diré haz de esta flauta mágica un lápiz.
Escribe al general:
No nos des otra copa de sangre, aunque sea la tuya
no nos aflijas con otra muerte, aunque sea la tuya
no cometas el otro crimen perfecto, aunque sea matándote a ti mismo.

II

En la próxima guerra (oigo tocar sus tambores detrás de la [muralla de la ciudad])
voy a poner una flauta en la mano de cada soldado.
Le diré sopla en la flauta,
No creas que la guerra es para conseguir la paz.
Di que has matado al monstruo porque no has ido a la guerra.
No voy a poner un candado en tu boca.
no te voy a dar agua en lugar de vino.
no te voy a dar piedras en lugar de pan.

III

En la próxima guerra (oigo tocar los tambores detrás de la [tapia del jardín])
voy a poner una flauta en la mano de cada soldado.
Le diré esta es la orquesta de la tierra. Escúchala cantar:
Ya se acerca el que esperamos...
La tierra se arremanga para defender
el trigo del amor y el pan de la esperanza.
El casco del soldado será un nido
y el palo del policía será un violín.
¡que sea esto en otro lugar!
¡que sea esto en otros tiempos!
pero el que esperamos ya se acerca...

IV

En la próxima guerra oigo tocar los tambores detrás de la [puerta de la habitación])
voy a poner una flauta en la mano de cada soldado.
Voy a hacer que los niños se pongan en círculos en el suelo, con plena seguridad, en cada mano una flor de almendro, escuchando las voces que manan de la flauta mágica.
Mientras que el sonido de los tambores de la guerra se alejan
detrás del poema.

El estetoscopio

Quítate la ropa, le ordenó el médico, y lo hizo.
El poeta quedó desnudo.

El médico le dijo, sin dar importancia al estetoscopio, al que
se le enrojecen las mejillas sobre su pecho ¿Y qué son éstas?
Preguntó, señalando palabras y amarguras.

¿Éstas? No las puedo quitar, murmura el poeta con voz apagada. Mis palabras y mis amarguras se me han vuelto una segunda piel. A veces salgo a la calle sin ponerme otra cosa, y nadie puede enterarse de mi desnudez.

Estírate, le ordenó el médico, y él obedece. Coloca el estetoscopio,
cierra sus ojos, avergonzado, mientras el poeta sollozaba
Cada vez que el médico palpaba una palabra en su cuerpo.

¿Dónde sientes el dolor? Le preguntó. En mis sueños, contestó en voz baja. Siento a veces que soy un dolor errabundo que canta para no oírse a sí mismo o baila para no pensar en los demás. Dime la verdad, ¿hay alguna esperanza?

El médico sonrió y puso su estetoscopio encima de la mesa,
si se hubiera dado cuenta habría visto que los poros del estetoscopio se habían humidificado con algunas lágrimas
temerosas, mientras él tranquilizaba a su enfermo:

Estás bien, amigo. Tú
estás vivo en todas las partes de tu cuerpo. Otros han perdido la gran suerte de sufrir.

La nariz de Pinocho

Uno andaba apoyado en su nariz, como un anciano que se apoya en su bastón, mientras que el otro tenía la nariz extendida, tropezaba con las aceras y los zapatos de los peatones, haciendo milagros, para llegar a salvo, con los menores daños posibles.

Unos saben pegar fuerte a los teclados del ordenador con su nariz, esparciendo sus mocos por todas partes, otros se encuentran obligados a comprar un carro para llevar a su nariz por donde quiera. Hay algunos que pagan a gente, hechos de mercurio, para que lleven su nariz, confusamente.

Y en los televisores, seguramente el telespectador, cocodrilo, llora generosamente estos días, con increíbles lágrimas, a causa de las bombas lacrimógenas de los programas al cerebro que meten la nariz en las cerraduras de las puertas en nombre de la realidad.

Todos con la nariz de Pinocho están en este bosque de los olores.

En este ambiente ¿cómo puede una persona oler la música de la verdad?

El lavador de barriles

Jaime Velasco

A mi hermano Fernando

I Jonás estaba viviendo una tercera despedida de esa pequeña ciudad tropical que lo había cobijado durante veintiséis años. (Había intentado dejarla en dos ocasiones, pero por razones curiosas fracasaba en su intento). Al paso de los últimos tres años se fortaleció en el interior de Jonás el sueño de volver a la gran ciudad capital para intentar vivir de su profesión y, al mismo tiempo, romper con la comodidad que se genera luego de vivir tantos años en una pequeña ciudad. Para ello, Jonás recurrió a su familia que vivía del otro lado de la frontera norte. El plan central era trabajar de lo que sea -en realidad no podría trabajar en cosas que requieren oficio y entrenamiento, ya que Jonás no sabía hacer mayor cosa que jugar con la ficción del drama-, y juntar el capital suficiente para resistir al menos unos cinco meses en lo que conseguía colocarse como actor en esa gran ciudad capitalina. De cierta manera, Jonás añoraba los nueve años felices que había vivido justamente en esa metrópoli cuando estudiaba la carrera de actuación, y una vez egresado, el haber participado en largas temporadas de teatro escolar y experimental. Allí, pensaba Jonás, las obras tienen mayor rango de vida y la compensación económica es más acorde con la necesidad del sobrevivir cotidiano.

Entonces Jonás se aplicó en serio para lograr su cometido de seguir por el sendero de la actuación. A los tres días de haberse instalado en la casa materna sucedió que la fortuna respaldó sus intenciones. El señor que ocupaba el puesto de lavador en una fábrica de cosméticos había terminado su contrato de seis meses. De inmediato, el supervisor del área de *Compounding* y responsable de colocar un nuevo lavador recurrió al joven actor. La razón era muy sencilla, el supervisor era hermano de Jonás.

La labor del actor consistía en lavar todos los contenedores y las herramientas que se utilizaban en *Compounding* y en Producción: barriles de plástico de distintos tamaños y colores, cubetas blancas de plástico, filtros metálicos, palas y tubos de acero, recipientes de plástico, entre otros artefactos propios de esa industria. Además, debía colocar los barriles limpios en una *pallet*, plataforma de madera, y envolverlos con un plástico para ser transportarlos a otras bodegas de la empresa.

En *Compounding* se elaboran los productos cosméticos mezclando las materias primas en sus combinaciones pertinentes, resultado de fórmulas exclusivas, y así garantizar el control de calidad de los productos en cuestión: shampoos, acondicionadores, cremas, geles, aceites, sprays... En nuestro caso ese control de calidad dependía del hermano de Jonás, quien tenía un equipo de veinte técnicos, divididos en dos turnos. Así se podían cubrir los pedidos de las distintas compañías especializadas en la venta de artículos de belleza. De cierta manera, la fábrica en cuestión es una maquiladora cosmética.

Las primeras dos semanas fueron muy pesadas para el actor, que vivía la segunda mitad de su quinta década. Se habían acumulado demasiados barriles y otros enseres a su cargo. No estaba acostumbrado a un ritmo de trabajo exhaustivo. Los brazos, la espalda y las piernas

empezaron a sentir lo rudo de la faena. Pero esto sería pasajero, el cuerpo, luego de dos meses, termina por acostumbrarse al rigor, al *jale*. A partir del tercer mes, Jonás sentía que tenía cierto dominio de su quehacer como lavador de barriles. Por otro lado, sabiendo que su nuevo oficio era temporal, Jonás supo aquilatar los gajes del oficio. Así fue que durante siete meses y quince días, Jonás asistió puntualmente al área de *Cleaning & Sanitizing*, que estaba a su cargo. (Es importante aclarar al lector, que esta área dependía exclusivamente de una persona por turno, y el horario de Jonás era el de mayor carga de trabajo).

II

Jonás disfrutaba mucho manejar el auto de su madre cuando salía rumbo al trabajo. Las amplias calles de la ciudad bien pavimentadas contrastaban con las estrechas y llenas de baches de su pequeña ciudad tropical. Los meses de febrero y marzo pintaron de gris las avenidas de la ciudad angelina. La lluvia invernal cubría a cabalidad su cometido anual en el Valle, a diferencia de los últimos años, llenos de escasez. De ida, Jonás recorría en catorce minutos el camino a la fábrica. El regreso tomaba veinticinco. De ida, escuchaba la radio en su frecuencia 107.5 FM; le tocaba escuchar el minuto de inspiración con el padre Balbuena, un poco antes de las seis de la mañana. De regreso, escuchaba las melodías de antaño, Eydie Gorme y Los Panchos “Nosotros que nos queremos tanto, debemos separarnos, no me preguntes más”.

Jonás disfrutaba en demasía las reuniones familiares. La casa materna era el centro de las convivencias. Un domingo por mes se daban cita para almorzar chilaquiles, carne con chile, café, jugo y fruta. En la terraza techada se colocaban tres mesas juntas cercadas por veintidós sillas. Mantel naranjas y verdes cubrían las mesas. Las blancas fundas de las sillas lucían un listón color salmón. Jonás ayudaba en el acomodo de la terraza. Los almuerzos se extendían hasta el mediodía, y para saciar la sed, aparecía la rica agua de jamaica. Jonás no sabía cuándo volvería a convivir por tantos meses con su querida familia. Lo habitual era visitarlos en Navidad. La única ocasión en la que duró varios meses había sucedido diecinueve años antes, cuando su padre había sido operado del corazón. Esa cirugía logró conservarlo entre los suyos por dieciséis años más. Ahora, se habían cumplido tres años desde su partida definitiva. En una pared de la terraza, Jonás había colocado una foto en blanco y negro de su amado padre.

III

¿Qué puedo pensar mientras lavo barriles?

Pienso tantas cosas...

Dejar aquello que amamos

que ha costado tanto y tanto...

Apretar el gatillo para dispararle al olvido

mientras la espuma crece y crece...

Escuchar los vaivenes de las olas

como pensamientos que golpean y golpean...

¿Qué puedo pensar mientras lavo barriles?

Pienso en el ir y venir de la hermosa vida...

Jonás disfrutaba en demasía las reuniones familiares. La casa materna era el centro de las convivencias. Un domingo por mes se daban cita para almorzar chilaquiles, carne con chile, café, jugo y fruta. No sabía cuándo volvería a convivir por tantos meses con su querida familia. Lo habitual era visitarlos en Navidad.





VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Fino como el ámbar

Don Manuel Sánchez Silva

(22 de diciembre de 1963)

Hay historias en que lo menos importante es el nombre de los protagonistas. Esta es una de ellas. Se desarrolló hace 40 años, entre un joven que por aquel tiempo cifraba en los 23 y una hermosa muchacha jalisciense, que por espacio de casi un mes permaneció en Colima, de visita en la casa de unos parientes.

En la actualidad, él lleva muchos años de muerto, sobreviviéndose en los hijos nacidos del matrimonio que contrajo con posterioridad a la aventura que es tema de este artículo, y ella no volvió jamás. Desaparecida, casada o soltera aún, merece respeto, lo mismo que la memoria y los familiares del que fue su inesperado amante de una noche.

Y aquí va la historia: al finalizar el mes de diciembre de 1923, la ciudad vivía días de inquietud y desconcierto. La revolución delahuertista había estallado en la madrugada del día ocho, día de las Conchas, en que las fuerzas federales depusieron a las autoridades civiles y designaron un gobernador y comandante militar de la plaza.

De Ocotlán, Jalisco, donde se libraban a diario sangrientos combates entre las fuerzas infidentes del general Enrique Estrada y las tropas federales de los generales Obregón y Amaro, llegaban constantemente noticias contradictorias. Tan pronto corría el rumor de que el movimiento subversivo conquistaba triunfo tras triunfo, como se esparcía la versión de que su derrota definitiva era inminente.

Y como numerosos colimenses de todas las clases sociales se habían dado de alta en el delahuertismo, las informaciones venidas del frente de batalla provocaban no sólo la expectación propia de la guerra, sino el interés particular y emotivo por conocer la situación de los criollos que participaban en la matanza.

Al quedar suspendidas las garantías constitucionales y dislocados los servicios públicos del gobierno y municipios, todos los funcionarios y empleados resultaron cesantes, lo que agravó en numerosas familias la situación prevaleciente, de por sí difícil.

Uno de esos empleados, joven, inteligente y simpático, es la figura central del relato. Por fuerza de las circunstancias, y no disponiendo de ocupación, ingresos, ni reservas económicas, resolvió, como otros muchos, correr la aventura revolucionaria y se afilió a ella.

Por su inteligencia despierta y su preparación, los altos jefes militares optaron por aprovecharlo en labores del detalle en vez de incorporarlo a las filas de los combatientes, pero semejante deferencia no impidió que frecuentemente recibiera órdenes para trasladarse en comisión a Ocotlán, donde vio de cerca y vivió los horrores de la pelea.

Al regresar de uno de esos viajes, una tarde en que paseaba con varios amigos por los andenes de la plaza principal, le sorprendió la belleza de una desconocida:

—¿Quién es esa muchacha tan guapa? —preguntó a los demás, sin que nadie pudiera informarle.

Ella iba con una damita local, amiga del curioso, por lo que éste se acercó a las dos, se hizo presentar y las acompañó hasta que tuvieron que retirarse a su casa.

—¿Vengo a verte a la noche? —preguntó él.

—Ven a las ocho —y fue a esa hora.

Ahí se hilvanó, con el hilo de la ilusión, lo que habría de ser una honda y precipitada aventura amorosa.

Se siguieron viendo todos los días, las tardes y las noches, y después de cada entrevista aumentaba su enamoramiento. Ella, lugareña inexperta, encontró en su galán la materialización de sus ensueños provincianos y él, apuesto, sentimental y engrandecido con la significación que proporciona el peligro en quienes lo afrontan, cedió al hechizo de la cautivante forastera.

En las situaciones anormales, impuestas por el riesgo común, los sentimientos no se rezagan en antecelas, ni la explosión de las pasiones se regula. Cuando se sabe que la vida puede perderse en el momento que sigue, el ansia de vivir acorta distancias, precipita acontecimientos y violenta situaciones. Eso ocurrió en el caso.

La víspera de Navidad, él tenía que marchar rumbo a Ocotlán. Fue a despedirse, llevando de obsequio y de recuerdo, un pequeño frasco de perfume francés llamado "Fino como el ámbar". Lo mejor que encontró.

Todo se confabuló para que la virtud de la muchacha se marchitara: el encanto natural de los amores entre gentes que no se conocían e intuían la triste verdad de no volver a verse, lo que exaltaba su atracción: la dulce serenidad de la noche navideña, tachonada de estrellas; el temor o tal vez el presentimiento de que una bala asesina pusiera punto final al idilio; y, sobre todo, el despertar de una juventud inconsciente y tumultuosa... La doncella, dejó de serlo.

Al día siguiente, él partió con destino al frente y, a los pocos días, ella y sus familiares tomaron en Manzanillo un barco en ruta hacia Puerto Vallarta.

No se volvieron a ver. Cuando en marzo de 1924 la revolución abortó y él fue desmovilizando y reintegrado a su vida civil, vivió mucho tiempo bajo el recuerdo de su aventura. Pero los años pasaron y con ellos palideció el recuerdo. Al mucho tiempo, contrajo matrimonio, por cierto poco afortunado. Vinieron los hijos, empezó a envejecer. Desvaneció su personalidad en la rutina. Adquirió vicios y achaques y falleció a consecuencia de unos y otros.

Sin embargo, nunca olvidó del todo a la linda muchacha que amara intensamente durante unas cuantas semanas de sobresalto, y a quien, una noche estrellada de Navidad, le regalara un pomo de perfume "Fino como el ámbar".



La víspera de Navidad, él tenía que marchar rumbo a Ocotlán. Fue a despedirse, llevando de obsequio y de recuerdo, un pequeño frasco de perfume francés llamado "Fino como el ámbar". Lo mejor que encontró.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†

Un gigante de las canchas: *Babuchas**

José Refugio Rodríguez Villaseñor

Se vivía el año 1917. En el programa de celebración de las fiestas patrias, en la ciudad de Colima, se incluyó el primer partido de fútbol que se jugaría en tierras colimenses y por obvias razones en todo el estado. A partir de ahí, la afición por el rudo deporte de las patadas, en la mayoría de la población, creció de manera multitudinaria. La semilla del fútbol depositada por los ingenieros Ramiro Sanabria y Jorge Arminio, germinó con pasión desmedida en los jóvenes colimotes de esa época.

Los funcionarios de la Ciudad de México estaban comisionados por el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización del gobierno revolucionario de Venustiano Carranza, para regularizar el usufructo parcelario de los dos primeros ejidos en el estado: El de Suchitlán, en el municipio de Comala, y el de Tepames, consecuentemente en el municipio de Colima. A los pocos años, al continuar practicándose con constancia el endemoniado deporte, había un gran número de equipos que hicieron famosos algunos de sus jugadores porque tenían ciertas características atléticas, por su forma de jugar o simple y llanamente por su carisma dentro y fuera de los campos de juego.

Allá por los años cincuenta, sobresalió un futbolista de nombre Heliodoro Fuentes Alcaraz, de quien se sabe, por sobradas razones, lo apodaban *Babuchas*. Él, aparte de ser un jugador técnicamente muy bien dotado, destacaba del resto de los demás deportistas por su elevada estatura, medía dos centímetros menos de los dos metros; hasta ahorita, que se sepa, es el futbolista más alto que ha jugado en el estado de Colima.

Heliodoro nació el 23 de septiembre de 1933, en el seno de una familia modesta pero reconocida. Su padre, Heliodoro Fuentes Álvarez, era un hombre dedicado a la difícil profesión de la abogacía en el gobierno del estado. Su madre, doña Beatriz Alcaraz Mesina, una señora blanca de elevada estatura, era mujer de hogar. Juntos procrearon cuatro hijos, tres hombres: Heliodoro, Sergio y Gregorio, y una mujer de nombre Carmen. La casa de la familia estaba ubicada en la calle Álvaro Obregón, número 128, junto a la reconocida panadería La Marsella.

El barrio de la farmacia del *Pollo* vio nacer y crecer al muchacho que desde muy chico era demasiado alto para su edad. Los vecinos no dejaban de asombrarse de la enorme estatura de Heliodoro. Realizó sus estudios básicos en la escuela primaria cercana al parque Hidalgo, la secundaria en la número No. 1, donde está ahora el edificio de la Universidad de Colima, por la calle 20 de Noviembre. A la edad de doce años quedó huérfano de padre y en plena juventud estudió con su tío Andrés en el Instituto de Contabilidad, que estaba en Obregón 116, de la capital colimota. Llegado a la edad de la adolescencia, se interesó por el viril deporte del fútbol. Junto con otros muchachos de su edad jugaban en la calle, que era lo que se estilaba por aquellos benditos tiempos, también cualquier lote baldío reunía las condiciones necesarias para ser el sitio adecuado para enfrascarse en verdaderas batallas deportivas.

Por aquellos lejanos tiempos, los jóvenes, a la edad de 14 años eran ya hombres hechos y derechos; a las jovencitas, incuestionablemente se les reconocía que a partir de los 13 años podían casarse. Heliodoro, a esa edad ya practicaba deporte. La pasión por el fútbol había entrado por sus venas, y la búsqueda del gol corría por su corriente sanguínea. Debido a su enorme estatura y maravillosa coordinación motriz hicieron que, al poco tiempo de meter goles, se le considerara uno de los mejores futbolistas que pisaban algunas pocas canchas engramadas y otras muchas polvorizadas en el estado. El señor Martín Delgadillo, entusiasta promotor deportivo, presidente del equipo de fútbol San Juan Bosco, lo incluyó entre los titulares de su club. Ese primer equipo, en el que participó Heliodoro de manera organizada, hizo que destacara social y futbolísticamente hablando. La cancha donde se jugaba era del equipo Hércules, ubicada entre las calles Guerrero, Ignacio Zaragoza, Del Trabajo y por la Calzada Pedro Galván.

Tenía Heliodoro 16 años de edad y era ya un joven excepcional en el deporte, con unas facultades enormes a todas luces para meter goles y su nivel futbolístico, técnicamente, había evolucionado de manera sobresaliente. Los aficionados que asistían a esa cancha, admiraban su desenvolvimiento dentro del rectángulo de juego, la manera tan especial de cubrir toda la superficie del campo de fútbol y la elegancia con que corría a pesar de su metro con noventa y ocho centímetros. Era delgado, demasiado espigado, esto le ayudaba a que durante los 90 minutos de juego no parara, iba de un lado para otro de la cancha pese a ser centro delantero. Él no fue de esos que se decían “pichoneros”, no estaba al acecho de cualquier error de la defensiva contraria para convertirlo en anotación a favor de su equipo. Heliodoro era un jugador cerebral, con facilidad hubiera sido uno de los mejores medio campistas de México. Pero así es el destino, fue centro delantero y punto.

Los mejores jugadores del balompié se distinguen por ser futbolistas completos, tienen una aceptable condición física, saben golpear el balón con ambos pies y de distintas maneras, chutan como venga la pelota por aire o tierra, saben dominar el cuero con cualquier parte del cuerpo, pueden recepcionar la esférica hasta con las posaderas y seguirán viéndose elegantes. Los jugadores magníficos golpean la pelota con excelsitud, la dirigen exactamente a donde quieren proyectarla y hay algo mucho muy importante: para llegar a ser ídolo hay que tener carisma y ángel dentro y fuera del campo de juego.

Heliodoro tenía eso y un poco más. Cuando pateaba la de gajos, se escuchaban ¡aaaahhhhh! de asombro, era tal la sutileza de su chut que a un aficionado se le ocurrió exclamar a todo pulmón: ¡Pateas con babuchas!, en clara referencia de los enormes zapatos que calzaban sus pies, pero también, este calificativo iba con la sana intención de aludir que Heliodoro golpeaba el balón con tal suavidad como lo son las babuchas: calzado típico del mundo musulmán, fino, elegante, muy suave y que se disfruta al llevarlos. Ese día, ante tal exclamación, nació una leyenda. Emergió de la pícaro afición un calificativo que enarbolaría con prestandia, el gigante de las canchas: *El Babuchas*.

Heliodoro, como todo joven de esa época, era un muchacho limpio, estudioso y muy carismático. Se paseaba vigorosamente, cuando estaba sin ocupaciones, por las céntricas calles de la ciudad de Colima. Sus largas zancadas engullían con facilidad las pétreas banquetas ciudadinas, los enormes zapatos chasqueaban ostentosamente al firme contacto con las baldosas. Saludaba amigablemente a cuanta persona encontraba a su paso, era un muchacho alegre y cariñoso. La gente le tributaba amistad. La población en general lo tenía muy reconocido, era todo un personaje, con distinción y donaire. Personas de todos los extractos sociales lo veían con admiración y respeto. En su casa, le gustaba escuchar música romántica, contaba en su acervo musical con buena cantidad de negros acetatos de enorme circunferencia. Se alimentaba sanamente, incluía en su dieta diaria:

frutas, verduras, huevos crudos, y lo que tenía por obligación consuetudinaria: tomar lo que llamaba una polla, que era ni más ni menos en una copa ingerir huevos crudos con vino tinto o un jerecito.

Heliodoro, para ayudarse y apoyar a su mamá con los gastos familiares, trabajaba haciendo labor de linotipista en la imprenta de su tío Andrés. Ahí, para soportar las inclemencias del arduo bregar entre máquinas, papeles, tintas y copiados, el patrón le daba tragos de bebidas alcohólicas y de vez en cuando, le permitía que se trasladara con los compañeros de trabajo a los corrales cercanos de la ciudad, para engullirse las súper reconocidas palomas que, no eran otra cosa que la popular leche caliente con azúcar, chocolate y aderezadas con cualquier alcohol del agrado del bebedor, eso hizo que desde pronta edad, Heliodoro se aficionara a ingerir con asiduidad bebidas embriagantes, ►6



quizá esto lo llevó a tener una vida bohemia.

Su manera de vestir era muy a la época, y sus amistades lo buscaban para animosamente entablar largas charlas juveniles, sin otra intención más que hablar de cosas que atraían a los jóvenes. El presidente del equipo de futbol local, San Juan Bosco, señor Martín Delgadillo, para retenerlo en sus filas, siempre le tenía lista una anforita del popular Ron Habanero. Los periódicos de mayor circulación en el estado de Colima y del sur de Jalisco, en las notas deportivas de los más reconocidos y eruditos comentaristas deportivos, seguían con atención el desenvolvimiento del *Babuchas*, a quien se le había agregado otro seudónimo: *El Siete Leguas*, en alusión a la brillantez de su juego y la disciplina con que lo practicaba, por lo tanto, le auguraban un próximo éxito y así sucedió.

Al paso del tiempo, cuando ya era una figura Heliodoro, Jorge Assam hijo, un aficionado millonario de ascendencia árabe, lo animó a que jugara en su equipo, los verdes del Tenería. Al enrolarse en el equipo verde, inició la leyenda del que llegaría a ser un jugador de exageradas facultades físicas y mentales para la práctica del popular deporte de las patadas. Ya para ese tiempo, el futbol había llegado a las partes más alejadas del estado de Colima, se jugaba con pasión desmedida en Manzanillo, Armería, Tecmán, Colima, Villa de Álvarez y Quesería, y en menor demanda en Coquimatlán, Ixtlahuacán, Minatitlán y Comala. Los equipos participaban en las mejores ligas de futbol en el estado, en la máxima categoría que era la primera fuerza, segunda, segunda intermedia y juvenil. Había jugadores de increíble desempeño que eran baluartes en sus equipos, por citar algunos de Manzanillo: *El Tractor* y *Rigoletto*; de Armería: *El Bebo*, *El Chaparro* Alfonso, Juan Camberos, Luis Magaña, *El Dulcero*, *El Jardínero*, Lino Corona; de Tecmán: Pepín, Chávez, *El Topo*, *La Kona*, *El Cepillo*; de Colima: *Caripapa*, Jorge Gallardo, Sergio y Lalo Llamas, *Periacas*, *El Chorizo*; por Quesería: *El Morral*, *Tawa*, *Hilachas*. Nació una rivalidad entre barrios y poblaciones. Aficionados al deporte tuvieron la oportunidad de conocer a inolvidables ídolos del momento, eran verdaderos *cracks* del futbol que se enseñoreaban con mostrar la facilidad con que jugaban con el balón de cuero.

Heliodoro fue un grande de las canchas, donde quiera que iba ocasionaba toda una novedad. Era un maravilloso espectáculo para el público, verlo enfundado en el uniforme del popular equipo panza verde de Jorge Assam. Cuando salía a la cancha y saludaba al público, causaba asombro mirar al jugador número nueve en la espalda. Era casi imposible no advertirlo. Chiquillada de Armería, Tecmán, Manzanillo, Colima y Quesería, aparte de sorprenderse de la altura del *Babuchas*, sentían pavor al ver cómo el gigante de las canchas corría tras el balón. En los pases filtrados, por sus compañeros, más de un chiquillo sintió palpar exageradamente su corazón al sentir cómo la tierra se estremecía a cada zancada del jugador. Decían que escuchaban el retumbado en las bardas de las canchas de futbol, al alargarse el eco de sus pisadas. Al chocar, sus grandísimos zapatos con el suelo de algunas terregosas canchas, levantaban una inmensa polvareda. En cualquier cancha, donde estuviera calentando Heliodoro, al disparar a la portería, la muchachada se arremolinaba con los ojos desorbitados para ver cómo aquel gigante hacía contacto con el balón, sus zapatos de futbol se veían como si verdaderamente fueran *babuchas*.

Cuando Heliodoro contaba con 20 años de edad, era un hombre maduro física y mentalmente, además muy sociable y muy dicharachero, capaz de amenizar largas y tendidas charlas. Sus amigos, que eran bastantes, lo procuraban. Uno de ellos fue José Figueroa, su camarada para irse de juerga hasta el parque Hidalgo con una dama apodada *La Coronela*, dedicada a regentear una cantina. Ese lupanar lo frecuentaban ellos dos porque ahí había *chupe* seguro. *Babuchas* era un alegrito del velorio. Una señora, apodada *La Capitana*, tenía un hotelito a un lado de *La Coronela* y lo frecuentaban mujeres que se dedicaban al oficio más antiguo del mundo. Los hombres iban ahí, con la sana intención de comprar amor. Heliodoro prefería la grata compañía de un amigo sincero que las caricias de una mujer interesada.

En un principio, el equipo de futbol Tenería fue fundado por el señor Ignacio Parra Silva, un entusiasta deportista, propietario de la fábrica La Ideal, donde se preparaban pieles y se fabricaban sandalias, polainas y sillas de montar. El equipo se llamaba en sus inicios precisamente Ideal. *El Babuchas* encontró con el nuevo propietario, Jorge Assam

Assam, el lugar donde se sintió feliz y realizado. Don Jorge le dio fisonomía de un verdadero club a la organización deportiva. Los jugadores tenían su propio local, ahí jugaban dominó, tomaban café y tenían largas charlas. Fueron años de gloria indescriptible del popular *Babuchas*, le bastaba estar bien en su ciudad natal para cumplir fervorosamente con su vida social, en la ya provincial ciudad de las palmeras.

Hay infinidad de anécdotas que confrontó durante su carrera deportiva, mismas que salpican con alegría sus correrías en el campo de futbol. Por ejemplo, una vez, un defensa, en un tiro de esquina notó la enorme diferencia en cuanto a estaturas con *El Babuchas*, y que el balón centrado desde la esquina derecha sería casi imposible que tan siquiera en el salto le llegara al hombro a Heliodoro; no le quedó más recurso que cuando el balón iba a ser cabeceado por *Babuchas*, brincó por delante, levantó sus brazos y con ambas manos se quedó con el balón asido fuertemente. Esto causó la hilaridad de los aficionados presentes, aquella acción chusca quedó grabada en sus mentes y enriqueció la historia del popular deporte en el estado de Colima.

En otra ocasión, también un defensivo, cuando ya había sido superado por las amplias zancadas del *Babuchas* y al detenerse éste para buscar la mejor opción para encaminarse

rumbo a la portería rival y anotar uno de sus tantos goles, el defensivo, cómicamente se pasó por entre las enormes y largas piernas del descomunal delantero para adelantarlo y tratar de ganarle el balón. Todo esto sucedió ante el azoro de fanáticos arremolinados muy cerca de donde se llevó a cabo esta acción futbolera. Todas estas cosas que pasaron viven en el recuerdo de viejos aficionados: hombres y mujeres que desde niños tienen bien guardado la imagen del gigante de las canchas, y en su retentiva tienen esa rara sensación de cuando tuvieron cerca un hombre de casi dos metros que corría ágilmente tras el balón y en muchas ocasiones lo introdujo en la portería del rival.

Colima era una ciudad pequeña, todos los habitantes se conocían como una gran familia. Sabían dónde vivían sus gentes, a qué barrio pertenecían, era notorio el trajinar de los vecinos por la ciudad, conocían sus costumbres y sus vicios, sabían de los grandes personajes y su historia; *Babuchas* tenía un sitio especial dentro de la sociedad colimense, le conocían su afición al alcohol, vicio que le era visto como una necesidad social, no por disculpar al bebedor, sino para mostrar su vida bohemia.

En esta etapa de la carrera deportiva del popular Heliodoro, cargó sobre sus hombros un peculiar mote, conquistó gratas satisfacciones, llegó a ser un afamado futbolista, campeón de goleo en varios campeonatos. Con su equipo logró ser campeón de liga, copa y campeón de campeones; gozó de la significativa confianza de don Jorge Assam, y el acaudalado empresario le respondió a su entrega deportiva con lo más preciado, su sincera amistad.

La pasión por el futbol en la ciudad de Colima, atrajo a competirle a los demás pueblos y municipios del estado que merecidamente contaban con su campo de futbol, acrecentó con ello el nivel de competencia. La capital tenía la legendaria cancha del A.D.C., que en sus inicios había sido Hércules, ahí se escenificaron encuentros deportivos inolvidables, fue cuna de la rivalidad deportiva

entre dos grandes equipos, los mejores de esa época en el balompié colimense: los diablos rojos del Independiente contra los panzas verdes del Tenería o viceversa. Entre ambas organizaciones se disputaban los campeonatos de Primera Fuerza, de Liga, de Copa y Campeón de Campeones. Fueron unos verdaderos “agarrones” que se llevaban a cabo en el engramado de la Calzada Galván. Los seguidores de los dos conjuntos armaban una fiesta durante los noventa minutos de juego, gritaban, echaban porras y siempre había espectáculo. Uno de los mejores jugadores de los encuentros era el genial Heliodoro Fuentes, quien llegó a meter goles desde la media cancha, por eso, en ningún momento lo descuidaban los defensores.

Es bueno mencionar que el balón con que se jugaba era de pura baqueta, fabricado en La Piedad, Michoacán. Para inflarlo tenía una tripa (intestino) y para cambiarla cuando se ponchaba, tenía de los ocho gajos con que estaba fabricado, uno con una ranura en medio y perforaciones a ambos lados. Se colocaba una tripa nueva, se cocía la ranura fuertemente con una correa, se llenaba de aire y a seguir jugando. Ni *El Babuchas* ni todos los jugadores le sacaban a cabecear, aunque al hacerlo les quedaba la marca de la correa en la frente.



El Babuchas también jugó con el Independiente.

En aquellos encuentros entre equipos locales de Colima y profesionales de la ciudad de Guadalajara, el Director Técnico del equipo Guadalajara al ver jugar a *Babuchas* le pareció que tenía las cualidades convenientes para desenvolverse con capacidad en el máximo circuito de fútbol mexicano; la directiva respaldó la decisión del entrenador Donald Ross y se hicieron de los servicios del gigante colimote. Heliodoro se fichó para el rebaño sagrado, a partir de la temporada del 55 y empezó a entrenar en las canchas de los Colomos, por la avenida López Mateos de la popular capital del estado de Jalisco. Por obligación debía de estar mañana y tarde en los campos de entrenamiento y además, estar presente en las concentraciones para los partidos oficiales, motivos que hicieron que al popular *Babuchas* se le viera muy poco por Colima. Sus grandes amigos lo extrañaban, les faltaba quién amenizara aquellas charlas que sabían a qué horas y dónde empezaban, pero nunca supieron a qué hora terminaban y el lugar donde acababan.

Heliodoro cambió un poco su manera de vivir, se alejó de las bebidas alcohólicas, aunque a decir verdad a él le hubiera gustado ser un asiduo cliente de El Parián, en Tlaquepaque, tomarse unas cuantas chelas y por las noches ser un bohemio más por la calle Gigantes, en la ciudad de Guadalajara, pero no era así, tuvo que ajustarse a las normas disciplinarias porque él quería triunfar en el fútbol de paga y aunque no jugaba mucho, el entrenador sabía que podía confiar en él, tan fue así que le extendieron contrato hasta el año 1957; gozaba de las simpatías de los directivos y socios del club tapatío, veían en *Babuchas* un hombre tenaz, disciplinado y muy fuerte física y mentalmente.

Heliodoro extrañaba su Colima, la tuba, el alfajor, los barrios de sus amigos, sus cuitas por el viejo parque Hidalgo; le faltaban sus camaradas para irse de juerga con *La Generala*, pasarse horas de desvelos sin importar que al otro día fuera a madrugar para trabajar con su tío el *Chino*, en Tecmán. A fines del 57 habló con los directivos del chiverío y llegaron al común acuerdo de finalizar las relaciones contractuales y quedó en libertad, la única exigencia del equipo fue que no se contratara con algún otro equipo profesional, porque sabían que el equipo León, también de la Primera División profesional, lo pretendía. Así pues, *El Babuchas* regresó a su terruño y volvió a su vida de antes que tanta falta le hacía, se le volvió a ver por las céntricas calles de la ciudad de Colima. Los días que estaba desocupado, se paseaba lleno de garbo. Fue un hombre no nada más apuesto, sino que tenía ese *fling* que distingue a los grandes personajes plenos de gallardía.

Algunas de las veces, tenía que ir a trabajar a la ciudad de Tecmán en la imprenta de su tío Andrés, apodado el *Chino*, esposo de su tía, hermana de su mamá. Cuando llegó a la edad de 27 años, en 1960, fue aceptado para trabajar como contador en la importante empresa de Atenquique, Jalisco, ahí cambiaron sus rutinas. Al principio tuvo que quedarse a vivir toda la semana en esa población y el sábado estaba puntual en la ciudad de Colima para jugar al otro día, domingo. Esa fue la nueva rutina del gigantesco Heliodoro. Joven y con toda la energía del mundo, le daba para soportar que saliendo del partido de fútbol se fuera de juerga con sus grandes amigos y estar temprano en la mañana, antes de las cinco, para tomar el autobús e irse a Atenquique a cumplir con su compromiso con la empresa fabricante de papel.

Colima era un estado futbolero, no se diga la ciudad capital, los aficionados ciudadanos disfrutaban los grandes encuentros contra equipos de la liga profesional de fútbol, ya fuera el Independiente reforzado con jugadores del Tenerife o el Tenerife reforzado con jugadores del Independiente, estos dos les hacían frente a las Chivas rayadas del Guadalajara, a los rojinegros del Atlas y a los pericos del Nacional, los tres equipos de la Perla Tapatía y siempre, en los dos equipos locales, jugó *El Babuchas*. También en la selección Colima, que llegó a enfrentarse contra esos equipos profesionales.

Heliodoro fue un futbolista limpio, muy disciplinado, nunca le hizo daño a nadie, jamás abusó de su corpulencia, en cambio, en otros equipos había quienes se desvivían por provocar pleitos durante el partido, entre ellos los hermanos Rivas, que pertenecían a los diablos rojos del Independiente. Cuando sucedían los clásicos: Tenerife vs. Independiente, siempre salían mal con los jugadores contrarios, aunque todos se conocían entre sí, ya que la barriada de uno y otro equipo distaba a lo sumo tres cuadradas, los rojos reconocían el barrio de la Sangre de Cristo como su sede natural, y el Tenerife tenía su

querencia por la calle Filomeno Medina, en los altos del reconocido bar El Taurino. Los mismos vecinos, se sentían parte integrante de los colores del equipo del barrio.

Entre la porra del club Independiente, figuraba una atractiva joven de nombre Ma. Lucía Rivas Delgado, hermana del *Pichicha* Rivas y del diablo Rivas. Ella asistía con regularidad a los encuentros entre Tenerife e Independiente, gozaba sin fanatismos del arrojo y valentía con que se jugaba el fútbol en esos años. Conocedora de los sortilegios y la magia del deporte más practicado en el mundo, admiraba al gigantesco *Babuchas*. Aparte de todas sus facultades futbolísticas, le atraía la manera de cómo se desenvolvía aquel mocetón de casi dos metros dentro del terreno de juego, se sonrojaba al ver su cuerpo, aquellas tremendas piernas desarrolladas atléticamente; le gustaba reconocer cómo sostenían aquel cuerpo enorme y lo más que le apasionaba era escuchar el estruendo que se producía cuando golpeaba el balón de fútbol; no le quitaba los ojos de encima al *Babuchas* cuando corría ágilmente tras el esférico. Inevitablemente, de la atracción deportiva se pasó al encuentro emocional entre los dos jóvenes. Heliodoro se dio cuenta de las miradas apasionadas de Lucía y la cita se dio en la mejor de las circunstancias del amor. Los diablos Rivas se dieron cuenta hasta el final del noviazgo, nunca pusieron peros hacia aquella relación, respetaban al gigante, no importaba que fueran acérrimos rivales. El noviazgo se formalizó y tuvo el feliz desenlace en matrimonio el primero de enero de 1961. Lucía, nacida el 2 de mayo de 1932, tenía 29 años de edad y Heliodoro 28.

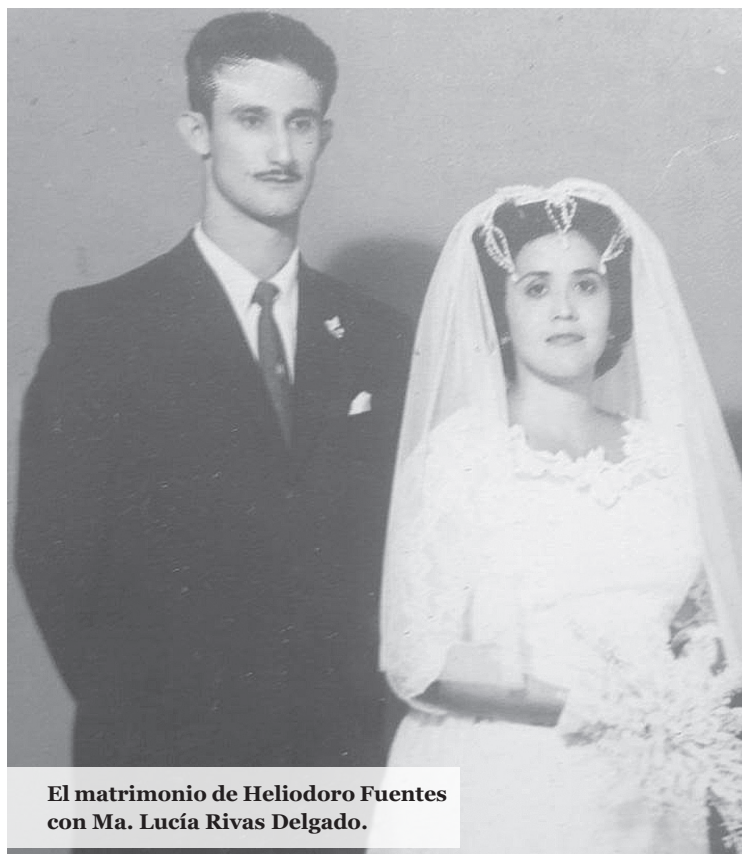
La cariñosa pareja se estableció en Atenquique, pero no se hallaban a vivir en la industriosa población. Allá en Colima eran demasiados los vínculos con familiares y amigos que los jalaban, por lo que regresaron a la querencia. Heliodoro iba y venía a Atenquique, la familia Fuentes Rivas estaba muy bien, la gran amistad con Jorge Assam seguía en buenos términos, quien le ofreció un carrito a Heliodoro, de los que tenía en venta en su agencia automotriz y compró un Renault 4, que para esos tiempos era una verdadera joya de la mecánica mundial. El noble auto compacto de la industria francesa, en el mercado internacional tenía varios calificativos que se acomodaban perfectamente a sus especiales condiciones de servicio: 4 ele, cuatro latas, renoleta, y chivoleta. El genial carro tenía un motor de 1108 cms³ de cilindrada, con tracción delantera y la palanca de velocidades estaba colocada abajo del tablero, con una rara combinación para las marchas. Heliodoro tenía que hacer completamente hasta atrás su asiento para poder caber en el coche, y cuando se bajaba de él, la gente quedaba asombrada de ver cómo aquel gigante se bajaba de un vehículo de los más chicos del mercado mundial.

Cuando creció la familia, al nacer sus tres hijos: Heliodoro Fuentes Rivas, 9 de diciembre de 1962; Ana Beatriz Fuentes Rivas, 10 de noviembre 1963, y Miguel Fuentes Rivas, 2 de mayo de 1970, la furgoneta compacta los llevaba a pasear a diferentes lados, siempre se le veía a la familia alegre y unida. Heliodoro seguía trabajando en la fábrica de papel de Atenquique, la empresa reconocía la dedicación que le ponía a su labor, él iba y venía diariamente,

algunas veces se iba en su popular chivoleta.

En el año de 1970 se jugó la Copa Mundial de Fútbol en México y Guadalajara fue una exitosa subsele. Heliodoro invitó a su familia a ver un encuentro de ese máximo evento deportivo, en el majestuoso estadio Jalisco. En esa ciudad estuvo ni más ni menos que Brasil, que vino a sacarse la espina de los malos resultados del pasado mundial del 66. Heliodoro conservaba la buena relación con los directivos de las chivas rayadas del Guadalajara, quienes, en un gesto de amistad le prestaron un elegante palco del inmueble de la Calzada Independencia. Miguel, el más chico de la familia, contaba a lo sumo dos meses de haber nacido y ahí estaba viendo jugar a la selección verdeamarela, con sus estrellas: Dirceu, Rivelino, Jairzinho, Tostao, Carlos Alberto y el grandiosos Pele, quienes a la postre resultaron campeones mundiales.

La vida de la familia seguía sin ningún sobresalto y la rutina familiar se restringía a efectuar cada quien sus labores organizadamente. Heliodoro se había retirado del fútbol como jugador, pero continuaba con apasionada entrega a la labor deportiva, entrenaba niños y se hizo cargo de selecciones infantiles y juveniles del estado de Colima y se daba sus tiempos para asistir a justas deportivas nacionales. Muchas veces lo invitaron a formar parte de equipos de veteranos, muy esporádicamente jugaba algún partido, ahora, su



El matrimonio de Heliodoro Fuentes con Ma. Lucía Rivas Delgado.

mayor empeño era sembrar la semilla del fútbol en niños y jóvenes y que le tuvieran tanto amor y pasión como cuando él lo jugaba.

Heliodoro seguía ejerciendo la contabilidad en la empresa papelera, iba y venía diariamente a Atenquique. El 9 de julio de 1973, se levantó un poco más tarde que de costumbre y se trasladó a esperar el autobús que lo llevaría a la industriosa población de Atenquique. El carro que tomaba con horario de las 5:00 ya había salido, por lo que compró boleto para el siguiente y se fue en él, pero éste no llegó nunca a su destino, la unidad se quedó completamente sin frenos en la Barranca de Beltrán; el chofer, al perder el control del volante y la endemoniada velocidad que había adquirido el autobús sin frenos, hizo que el bólido desbarrancara y fuera a parar hasta el fondo del desfiladero. Era todavía temprano en la mañana, cuando le dieron aviso a la señora Lucía del fatal accidente del autobús, y se requería que fuera a la morgue a la identificación del cuerpo de su esposo. Ella asistió, pero no tuvo el valor de descender la sábana que cubría el cadáver de su fiel compañero, bastó que se diera cuenta que entre tantos muertos, el cuerpo y los pies de Heliodoro sobresalieran de los demás que estaban tirados en el piso, para saber que era él. Hasta para eso fue grande el popular Heliodoro. Se llevaron a cabo los rituales de velación del cuerpo ante una multitud de amigos y aficionados, esperaron un día más de lo requerido para que su hermano que radicaba en los Estados Unidos de Norteamérica le diera el último adiós.

La gente ha emitido muchos comentarios acerca de ese fatídico día del accidente: conviene en que sucedieron cosas anormales cuando Heliodoro abordó el autobús con destino a su lugar de trabajo, lo cierto es que murió un destacado futbolista y nació una leyenda del deporte en Colima.

Terminó prematuramente la vida sobresaliente de uno de los grandes futbolistas que dio el estado de Colima. Sus restos mortales descansan en el Panteón Municipal de la ciudad capital.

Siendo Silverio Cavazos Ceballos gobernador constitucional del estado de Colima, le tributó un sentido homenaje estando presentes su familia, infinidad de aficionados y amigos. La prensa local le dedicó en el interior de las páginas añoranzas de su vida. En Palacio de Gobierno quedó plasmada la leyenda del *Gigante de las canchas* en el Salón de la Fama. Descanse en paz el fantástico *Babuchas*. Muchos aficionados lo recuerdan con el número nueve enfundado en su playera verde.

**Este relato obtuvo Mención Honorífica en el Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2019.*



Heliodoro Fuentes con su familia.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Aforismos, dichos, pensamientos, versos, citas

Carlos Caco Ceballos Silva

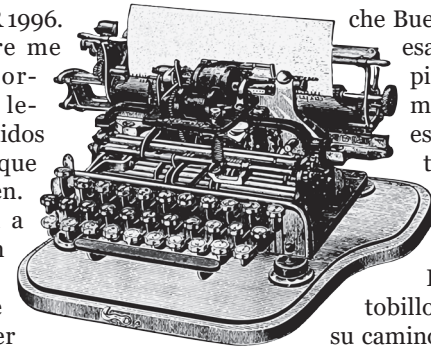
PRIMAVER 1996. El hambre me tira y el orgullo me levanta. Los acomedidos son los metiches que nunca quedan bien. Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de prisión. Una cal por una de arena y una mujer para una cuarentena. La avaricia es la pobreza de los ricos. Mujer moderna con pantalones vale más que el hombre en calzoncillos.

Barco parado pierde el tiempo y no gana flete. Brava la perra y tu echándole sombrerazos. Debes ser muy desgraciado para mostrarte tan cruel y despiadado. Ambos se dañan al mismo tiempo: El que promete demasiado y el que espera grandes dotes. Cualquier hilacha es jorongo abriéndole la bocamanga. Cuídate de los que parecen buenos, pues de los malos ya están señalados.

Comienzas por imitar y acabarás por aprender. Broma y dicho inoportuno disgustan a más de alguno. Basta con hallarse viejo para empezar a sentirse enfermo. La mente del fanático es como la pupila del ojo, mientras más luz y la claridad le llegan, más se contrae y más se molesta. Lo único que constantemente no da más y más, es la báscula en la que nos pesamos.

La crisis es una depresión que abrimos a la fuerza de la prosperidad. Nadie necesita imprescindible un abrigo de visión excepto el propio animal. Todo lo bueno se oculta, y todo lo malo se abulta. No hay que reclamar como un derecho, lo que no se puede pedir como un favor. Un hombre sin dinero es como un tigre sin colmillos. Para todo hay vacunas y antídotos, menos para quitar el hambre.

Amar en la cama es de lo más divertido y por ser tan divertido no nos hace reír. A Dios rogando y con el mazo dando. Al buen entendedor pocas palabras. Al lugar que fueres haz lo que vieres. A la chingada los pastores, ya pasó la No-



che Buena. Me he de comer esa tuna aunque me espine la mano. La mejor manera de hacerse rico es no desprenderse de la tía rica.

Todos son honrados, pero mi cobija no aparece.

Para no quebrarse el tobillo, cada quien escoja su camino. Al que no le guste el fuste que lo quite y monte "en pelo". Al comer y a la risa rezada, no esperar la primera llegada. Las costumbres se hacen leyes. Causa alegría sublime ver que el que aprecias, te estime. Cuando el arriero es malo, todas las culpas se las echa a las mulas.

Rechazan muchas mujeres la ancianidad, torpeza, no hay que mirar la cabeza, en la bola está la edad. Tantas cosas que quisiera contar, ojalá y no fuera viejo para volver a empezar. Si el trabajo da salud, que trabajen los enfermos. Dinero perdido, algo perdido. Honra perdida, mucho perdido. Ánimo perdido, todo perdido.

En la política los amigos son de mentiras y los enemigos de verdad. El perezoso descansa antes de cansarse. Es posible construir un trono con bayonetas, pero no es posible permanecer sentado en él por mucho tiempo. Los gobernantes presumen de una sociedad más igualitaria, pero nunca se ponen el ejemplo. El Senado es cual cartel de invierno de nuestras nulidades políticas, y parece un grupo de sacerdotes egipcios momificados que solamente han servido para conservar la fea costumbre del servilismo.

La iglesia sólo suplica, pero no exige. El cielo nos da los familiares, pero gracias a Dios podemos escoger a los amigos.

Y estos son algunos de los muchos aforismos, "dichos" y pensamientos que oigo, leo o me platican; todos tienen mucho de verdad y mucho nos enseñan y nos divierten.

**Empresario, historiador y narrador. †*